VII

Cuando el doctor Cherbonneau se encontró a solas con el cuerpo de Octavio de Saville habitado por el alma del conde Olavo Labinski, se puso a trabajar para devolverle a esta forma inerte su vida ordinaria. Al cabo de algunos pases, Olavo de Saville (permítasenos reunir estas dos palabras para designar a un personaje doble) salió como un fantasma de los limbos del profundo sueño, o mejor aún de la catalepsia que le encadenaba, inmóvil y yerto, al ángulo del diván. Se levantó por medio de un movimiento automático, que aun no dirigía la propia voluntad, y tambaleándose bajo la influencia de un vértigo mal disipado. Los objetos vacilaban a su alrededor; las encarnaciones de Vichnú bailaban a lo largo de las paredes; el doctor Cherbonneau se le aparecía, bajo la figura del sannysi de Elefanta, agitando los brazos como si fuesen las alas de un pájaro, y moviendo sus

pupilas azules en aquellas órbitas formadas por las morenas arrugas, parecidas a los círculos de unas gafas; los extraños espectáculos a que había asistido antes de caer en el anonadamiento magnético pesaban aun sobre su razón, y lentamente iba volviendo a la realidad. Estaba como un durmiente que se despierta de pronto, tras de haber sido víctima de una pesadilla, y toma por espectros y les da formas humanas a los vestidos que se hallan diseminados por encima de los muebles, y por ojos encendidos de cíclope los rosetones de cobre que sostienen las cortinas y que se hallan iluminados por la pálida luz de la lamparilla.

Poco a poco evaporóse toda esta fantasmagoría y todo acabó por adquirir su aspecto natural; Mr. Baltasar Cherbonneau no era ya un penitente de la India, sino un simple doctor en medicina que dirigía a su cliente una sonrisa que retrataba su natural bondad.

—¿Ha quedado satisfecho el señor conde de los experimentos que he tenido el honor de hacer en su presencia?—preguntó el doctor con un tono de obsequiosa humildad, en la que se hubiese podido descubrir una ligera ironía—; me atrevo a esperar que el señor conde no se olvidará de esta noche y que se marchará convencido de que todo cuanto se cuenta respecto al magnetismo no es fábula o burla como pretende la ciencia oficial.

Olavo de Saville contestó por medio de una inclinación de cabeza que indicaba su conformidad y

salió acompañado por el doctor Cherbonneau, que a cada puerta le hacía profundos saludos.

El cochero adelantó el carruaje hasta la puerta, y el alma del marido de la condesa Labinska subió en compañía del cuerpo de Octavio de Saville, sin darse cuenta de que ni aquélla era su librea, ni era aquél su carruaje.

El cochero preguntó adónde iban.

—A casa—contestó Olavo de Saville, confusamente sorprendido por no haber reconocido la voz del criado de la casaca verde que ordinariamente le dirigía aquella pregunta con un acento húngaro muy pronunciado. El carruaje en que se encontraba estaba tapizado de damasco azul obscuro y no de satín dorado, que era el color del forro de su *coupé*. Al conde le extrañó esta diferencia, pero la aceptó como se hace ordinariamente en los sueños, donde los objetos más comunes se nos presentan bajo formas muy variadas, sin que por ello dejemos de reconocerlos; parecíale que era más pequeño que de ordinario; por otra parte creía recordar que había ido vestido de levita a casa del doctor, y sin que pudiese acordarse de haber cambiado de traje, se encontraba vestido con un paletó de verano de tela muy ligera que no había formado nunca parte de su guardarropa; su espíritu experimentaba una tortura desconocida, y las ideas, que por la mañana eran tan lúcidas, se desenvolvían ahora con muchísimo trabajo. Atribuyendo tan singular estado a las extrañas escenas que habían tenido lugar aque-

lla noche, y apoyando la cabeza en el ángulo del carruaje, se entregó en brazos de un sueño flotante, de una vaga somnolencia, que no era ni estar durmiendo ni estar despierto.

La brusca detención del caballo y la voz del cochero que gritaba: «¡Abrid la puerta!» le llamaron de nuevo a sí; bajó el cristal, sacó afuera la cabeza y vió a la claridad del reverbero una calle desconocida y una casa que en nada se parecía a la suya.

—¿Adónde me has llevado, animal?—exclamó Olavo de Saville—. ¿Acaso es esto el arrabal de Saint-Honoré, ni la casa Labinski?

—Dispense usted señor; es que no había entendido bien—murmuró el cochero, haciendo tomar al caballo la dirección indicada.

Durante el trayecto, el conde, transfigurado, se dirigió muchas preguntas a las que no sabía qué contestar. ¿Cómo se había ido su carruaje, siendo así que él le había dado orden para que aguardase? ¿Cómo era que él mismo se había metido en el carruaje de otro? Supuso que un ligero ataque de fiebre enturbiaba la limpidez de sus percepciones, o que el doctor taumaturgo, para excitar más vivamente su credulidad, le había hecho respirar durante su sueño algún frasco de haschich o de cualquier otra droga alucinadora, y esperaba que una noche de reposo disiparía las ilusiones.

Llegó el carruaje a la casa de Labinski, y el suizo interpelado se negó a abrir la puerta, diciendo que los señores no recibían aquella noche, que

el señor conde hacía más de una hora que había vuelto, y que la señora condesa se había retirado a sus habitaciones.

—Pícaro, ¿estás borracho o te has vuelto loco?—dijo Olavo de Saville, recriminando al coloso que se levantaba gigantescamente en el lindero de la puerta medio cerrada, como una de esas estatuas de bronce que en los cuentos árabes impiden a los caballeros andantes la entrada en los castillos encantados.

—Quien está loco o borracho es usted, señorito—replicó el suizo, a quien el color carmesí del rostro se le cambió en azul, gracias a la cólera.

—¡Miserable!—rugió Olavo de Saville—, si no tuviese algún respeto a mí mismo...

—Calle usted o le hago pedazos sobre mi rodilla para arrojarlos luego al arroyo—dijo el gigante, abriendo una mano más ancha y más grande que aquella tan colosal que tiene a la puerta de su casa el guantero de la calle de Richelieu—; bueno será, caballerito, que se deje de gastarme bromas, aunque se haya bebido de más un par de botellas de Champaña.

Olavo de Saville, desesperado, empujó al suizo tan rudamente que logró atravesar la puerta. Algunos criados que aun no se habían acostado acudieron al ruido del altercado.

—¡Quedas despedido, animal, mal educado! No quiero que pases la noche en mi casa. Vete en seguida si no quieres que te mate como un perro ra-

bioso. ¡No me hagas derramar la vil sangre de un lacayo!

Y el conde, desposeído de su cuerpo, se arrojó con los ojos inyectados de sangre, la boca llena de espuma y los puños crispados hacia el enorme suizo, el cual, sujetando las dos manos de su agresor con una de las suyas, las contuvo y casi se las aplastó bajo la presión de sus dedos pequeños, gruesos y nudosos como los de un torticero de la Edad Media.

—Vamos, tenga usted calma—decía el gigante, bastante bondadoso en el fondo, que no temía ni poco ni mucho a su adversario, y al cual le daba algunas sacudidas para mantenerle a respetuosa distancia—. Se necesita muy poco talento para ponerse en tal estado un hombre que viste como las personas decentes, e irse después como un camorrista a promover escándalos nocturnos en casas respetables. ¡Todo lo consigue el vino y debe ser bueno el que le ha puesto a usted en tal estado! Dé usted gracias a su estado, que no le apaleo y me contento con ponerle tranquilamente a la puerta de la calle, donde la policía se encargará de llevárselo si continúa promoviendo escándalos. El aire de la noche le hará a usted un gran bien y le refrescará las ideas.

—¡Infames—gritó Olavo de Saville, interpelando a los lacayos—: dejáis que ese canalla abyecto insulte a vuestro señor el noble conde Labinski.

Al pronunciar este nombre los criados, como de común acuerdo, dieron un grito y soltaron una enorme carcajada, homérica y convulsiva, que levantó todos aquellos pechos cubiertos de galones.

—¡Conque este hombrecillo se cree nada menos que el conde Labinski! ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!; la idea no deja de ser graciosa.

Un sudor glacial mojó las sienes de Olavo de Saville. Un pensamiento agudo le atravesó el cerebro como un punzón de acero y sintió que se le enfriaba la medula de los huesos. ¿Le había puesto Somarra su rodilla sobre el pecho, o aun vivía la vida real? ¿Se había perdido su razón en el Océano sin fondo del magnetismo, o era juguete de una maquinación diabólica? Ninguno de aquellos lacayos, que antes estaban tan temblorosos, tan sumisos y tan prosternados en su presencia, le reconocía ahora. ¿Le habían cambiado el cuerpo, como los vestidos y el carruaje?

—Para que se convenza usted de que no es ni con mucho el conde Labinski—dijo uno de los más insolentes de la banda—, mire allá y verá cómo desciende la escalinata atraído por este escándalo.

El cautivo del suizo, volvió los ojos hacia el fondo del patio y vió de pie, bajo la marquesina, a un joven de figura elegante y esbelta, de rostro oval, ojos negros, nariz aguileña, fino bigote, que no era otro que él mismo, o su espectro modelado por el diablo, con un parecido capaz de producir verdadero asombro.

El suizo soltó las manos que tenía prisioneras. Los criados se alinearon respetuosamente contra

el muro, con los ojos bajos, las manos colgantes, en una inmovilidad absoluta, como los icoglanes al acercarse a ellos el padischa; rendían a este fantasma los honores que negaban al verdadero conde.

El esposo de Prascovia, aunque intrépido como buen eslavo, que ya es decir, sintió un indecible espanto al acercársele este Menéchme, quien, más terrible que el del teatro, se mezclaba a la vida positiva y hacía que fuera imposible reconocer a su gemelo.

Recordó una antigua leyenda de familia que aumentó todavía más su terror: cada vez que iba a morir un Labinski, era advertido por la aparición de un fantasma absolutamente igual que él. Entre las naciones del Norte, ver a su doble, aunque sea en sueños, se ha considerado siempre como un presagio fatal, y el intrépido guerrero del Cáucaso, ante esa visión exterior de su yo, sumióse en un invencible horror supersticioso; él, que hubiese metido sus brazos en la boca de los cañones a punto de disparar, retrocedió ante la imagen de sí mismo.

Octavio Labinski avanzó hacia su antigua forma, en la que se debatía, se indignaba y se estremecía el alma del conde, diciéndole en un tono correctamente altivo y glacial:

—Caballero, no siga comprometiéndose con esos criados. El conde Labinski, por si quiere hablarle, está visible de doce a dos de la tarde. La señora condesa recibe el jueves a las personas que han tenido el honor de serle presentadas.

Dichas estas frases, pronunciadas lentamente y acentuando cada sílaba, el falso conde se retiró con paso tranquilo, y las puertas volvieron a cerrarse tras él.

Olavo de Saville fué transportado a su carruaje desvanecido. Cuando recobró el sentido, estaba acostado en un lecho que no tenía la forma del suyo, en una cámara en la que no recordaba haber estado jamás. Junto a él se hallaba un criado desconocido que le sostenía la cabeza al par que aplicaba a sus narices un frasco de éter.

—¿Se encuentra mejor el señor?—preguntó Juan al conde, a quien consideraba su amo.

—Sí—respondió Olavo de Saville—. Sólo es una debilidad pasajera.

—¿Puedo retirarme o precisa que vele al señor?

—No, déjame solo; pero antes de retirarte enciende el candelabro que está junto al espejo.

—¿No teme el señor que le impida dormir esta luz tan viva?

—De ningún modo; no tengo sueño todavía.

—No me acostaré, y si el señor necesita algo, acudiré a la primera llamada—dijo Juan, interiormente alarmado al ver la palidez y las facciones descompuestas del conde.

Cuando Juan se hubo retirado después de encender las bujías, el conde se dirigió presuroso hacia el espejo, y en el cristal profundo y puro, donde temblaba el centelleo de las luces, vió una cabeza joven, dulce y triste, de abundante cabellera ne-

gra, de pupilas de un azul obscuro, de mejillas pálidas, sombreadas por una barba sedosa y morena; una cabeza, en fin, que no era la suya, y que desde el fondo del espejo le miraba con aire sorprendido.

Se esforzó, al principio, en creer que un bromista de mal género encuadraba su rostro en el marco del espejo biselado de Venecia. Pasó la mano por detrás del espejo y sólo halló las planchas de madera. No había nadie. Sus manos, que se palpó, estaban más flacas, largas y cubiertas de venas; en el dedo anular se destacaba un anillo de oro con un engarce de venturina sobre el cual había grabado un blasón—un escudo franjeado de gules y plata y por sello las armas de barón—. Este anillo jamás había pertenecido al conde, que llevaba otro del que sobre un fondo negro blasonado se destacaba un águila de oro picuda, con garras y uñas, todo ello rematado por la corona de perlas.

Revolvió sus bolsillos y encontró en ellos una pequeña cartera conteniendo tarjetas de visita con este nombre: «Octavio de Saville».

La risa de los lacayos en el hotel Labinski, la aparición de su «doble», la fisonomía desconocida, substituída por su reflexión en el espejo, podían ser, en rigor, ilusiones de un cerebro enfermo; pero esos trajes diferentes, ese anillo que se sacaba del dedo, eran pruebas materiales, palpables, testimonios irrecusables. Una metamorfosis completa se había operado en él, sin que él lo supiera. Un mago, probablemente, un demonio, tal vez, le había

robado la forma, el título, el nombre, toda su personalidad, dejándole solo su alma sin medios para manifestarla.

Las historias fantásticas de Pedro Schlemil y de *La Noche de San Silvestre* cruzaron por su memoria; pero los personajes de Chamisso y de Hoffmann, sólo habían perdido, el uno su sombra, el otro su reflejo; y si esa rara privación de una proyección que todo el mundo posee, inspiraba tan inquietantes sospechas, nadie al menos les negaba que fuesen ellos mismos.

Su posición era mucho más desastrosa; no podía reclamar su título de conde Labinski, en la forma en que se hallaba aprisionado. Pasaría a los ojos de todo el mundo, por un imprudente impostor, o cuando menos por un loco. Su propia mujer le desconocería bajo esa apariencia mentirosa. ¿Cómo probar su identidad? Cierto que había mil circunstancias íntimas, mil detalles misteriosos desconocidos de todos los demás, que recordados a Prascovia, le harían reconocer el alma de su marido bajo esa transformación; ¿pero qué valdría esa convicción aislada, caso de obtenerla, contra la unanimidad de la opinión? Estaba realmente y absolutamente desposeído de su «yo». Otro motivo de inquietud: ¿su transformación se limitaba al cambio exterior de la figura y las facciones o habitaba en realidad el cuerpo de otro? En este caso ¿qué habían hecho del suyo? ¿Lo había consumido un pozo de cal o se lo había apropiado un osado usurpador?

El «doble» advertido en el hotel Labinski, podía ser un espectro, una visión, pero era también un sér físico, viviente, instalado con esa piel que le habría hurtado, con una habilidad infernal, ese médico con cara de fakir.

Una idea terrible le mordió el corazón con sus garras viperinas: «Ese conde de Labinski ficticio, que se ha adueñado de mi forma por artes del demonio, ese vampiro que habita ahora en mi casa, a quien mis criados obedecen contra mí, tal vez a esta hora pone su pie grosero en el umbral de esa estancia donde siempre he penetrado con la misma emoción que la primera noche, y Prascovia le sonríe dulcemente e inclina con un divino rubor su graciosa cabeza sobre esa espalda marcada por la garra del diablo, tomando por mí a esa larva mentirosa, a ese crápula, a ese fementido, a ese aborrecible hijo de la noche y del infierno. Si corriese al hotel, si le prendiera fuego para gritar entre las llamas a Prascovia: «¡Te engañan, no es tu adorado Olavo quien descansa sobre tu corazón! ¡Vas a cometer inocentemente un crimen abominable del que mi alma desesperada se acordará aún, cuando las eternidades se hayan cansado las manos de dar vueltas a sus relojes de arena.»

Oleadas de fuego afluían al cerebro del conde; lanzaba gritos inarticulados de rabia, se mordía los puños, daba vueltas por la estancia como una bestia salvaje: La locura iba a entenebrecer la obscura conciencia que de sí mismo le quedaba, cuando se

le ocurrió acudir al lavabo de Octavio, llenar una cubeta de agua y sumergir la cabeza, que salió humeante de ese baño helado.

Cobró sangre fría. Se dijo que el tiempo de la magia había ya pasado: que sólo la muerte podía desligar el alma del cuerpo; que no era posible escamotear así, en medio de París, a un conde polonés, acreditado de algunos millones, en casa de Rothschild, aliado las más ilustres familias, marido venerado de una mujer a la moda, condecorado con la orden de San Andrés, de primera clase, y que todo eso no era sin duda otra cosa que una broma de bastante mal gusto de Baltasar Cherbonneau, que se explicaría lo más naturalmente posible, como los «miedos» de las novelas de Ana Radcliffe.

Como estaba rendido, se echó sobre el lecho de Octavio y se adormeció con un sueño pesado, opaco, parecido a la muerte, que duraba aún cuando Juan, creyendo a su amo despierto, fué a poner sobre su mesa, cartas y periódicos.